La Comédiathèque

REALITY SHOW

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Reality Show

Jean-Pierre Martinez

Un presentador de una modesta cadena de televisión por cable recibe a un político al que le han encargado promocionar. Pero la entrevista no saldrá como estaba previsto…

Personajes

VVíctor (o Victoria): presidente o presidenta de Tele2
Donald (o Daisy): vicepresidente o vicepresidenta de Tele2
Paco: técnico o técnica
Manolo: técnico o técnica
Bruno: presentador
Diana: ayudante de producción
Carlos: político
Claudio (o Claudia): invitado o invitada
Felipe (o Fabiola): invitado o invitada
Cassandra: invitada
Ramírez: comisario o comisaria
Sánchez: inspector o inspectora
Samantha: becaria
Daniel (o Daniela): espectador o espectadora

14 personajes, que pueden ser interpretados por entre 8 y 14 actores o actrices. Una misma persona puede interpretar varios papeles: quienes hagan de presidente y vicepresidente también pueden interpretar a Ramírez y Sánchez; los dos técnicos pueden interpretar a los tres invitados y al espectador o espectadora. La mayoría de los papeles pueden ser masculinos o femeninos.

Repartos posibles (solo el primer acto)
2H/5M, 3H/4M, 4H/3M, 5H/2M, 6H/1M
Repartos posibles (prólogo y los dos actos)
2H/6M, 3H/5M, 4H/4M, 5H/3M, 2H/7M, 3H/6M, 4H/5M, 5H/4M, 6H/3M, 2H/8M, 3H/7M, 4H/6M, 5H/5M, 6H/4M, 7H/3M, 2H/9M, 3H/8M, 4H/7M, 5H/6M, 6H/5M, 7H/4M, 8H/3M, 2H/10M, 3H/9M, 4H/8M, 5H/7M, 6H/6M, 7H/5M, 8H/4M, 9H/3M, 2H/11M, 3H/10M, 2H/12M, 3H/11M, 4H/10M

© La Comédiathèque

PRÓLOGO

(opcional)

Un escenario vacío, o dispuesto como al comienzo del primer acto. La acción también puede desarrollarse delante del telón, antes de que se levante, o incluso entre el público.

Víctor, presidente de Tele2, entra precipitadamente. Se cruza con su vicepresidente, que llega mucho más despacio mientras lee el periódico deportivo.

Víctor – ¡Donald! ¿Has visto esto? ¡Hemos vuelto a perder audiencia!

Donald – Sí, lo sé, Víctor...

Víctor – Vale que Tele1 tenga siempre mejores cifras que nosotros. ¡Pero, a este paso, acabaremos por detrás de un canal de teletienda!

Donald – Sí...

Víctor – Dime una cosa, Donald...

Donald – ¿Sí, Víctor...?

Víctor – ¿De dónde has sacado ese nombre tan ridículo? ¿Es un seudónimo?

Donald – No...

Víctor – ¿Quién sería tan idiota como para ponerse un nombre así? Debió de ser un calvario de niño...

Donald – Madre mía...

Víctor – Bueno, volvamos al rebaño... Quiero decir, a nuestros espectadores menores de cincuenta años. ¿A qué se debe esta caída constante de audiencia? Y cuando digo caída, ¡es que nos estamos hundiendo, Donald!

Donald – Podríamos cambiar al director de programación... Y volver a poner al que despedimos hace seis meses. Ahora está en el departamento de ficción...

Víctor – ¡Estamos en el Titanic y tú propones cambiar las tumbonas de sitio! No lo entiendo. Si hasta hemos quitado la publicidad...

Donald – Justamente...

Víctor – ¿Justamente qué?

Donald – Es que los anuncios eran lo único que la gente seguía viendo en Tele2. Ahora que los hemos quitado, los espectadores se van a Tele1... ¡A ver la publicidad!

Víctor – ¿Y nuestras series de producción propia? ¡Nos han dado fama internacional! ¡Se venden en el mundo entero!

Donald le lanza una mirada que indica que está exagerando un poco.

Víctor – Bueno, quizá «el mundo entero» sea exagerar. Hemos conseguido vender una serie al país vecino... Pero ¿me estás diciendo que nadie veía nuestras series ni siquiera cuando teníamos publicidad?

Donald – Sí que las veían... Para matar el tiempo entre un bloque de anuncios y otro.

Víctor – Dime la verdad, por una vez...

Donald – ¿Puedo hablarte con franqueza?

Víctor – No te contraté para eso, precisamente, pero estamos desesperados.

Donald – De tanto intentar que nuestras series gusten a todo el mundo, hemos conseguido que nadie las vea. No queríamos molestar a nadie y hemos acabado aburriendo a todos. ¿Tú las ves?

Víctor – Me pagan para eso...

Donald – Exacto. Pero no podemos pagar a millones de espectadores para que las vean...

Víctor – Antes, con un solo canal, la televisión era mucho más sencilla. Y eso que ahora vigilamos a los guionistas como nunca. No lo entiendo.

Donald – ¡Y tanto que los vigilamos! Por cada guionista que escribe, pagamos a seis directivos para que le digan que lo que ha escrito es una mierda.

Víctor – Entonces, ¿cuál es el problema?

Donald – Piensa en la comedia. Ya es difícil hacer reír a uno de esos directivos. ¡Imagínate conseguir que seis se rían del mismo chiste!

Víctor – ¿Y de dónde salen todos esos directivos?

Donald – Nadie lo sabe. Cuando una vaca deja una boñiga, ¿de dónde salen todas las moscas?

Víctor – Tenemos que hacer algo, y rápido. ¿Qué ve todavía la gente en la tele, además de los anuncios?

Donald – Fútbol. Pero este año perdimos los derechos de emisión. Ya no nos llega el dinero desde que quitamos la publicidad. Nos alcanzó para unos Juegos de Invierno, pero parece que el biatlón sobre patines de hielo no ha enganchado al público...

Víctor – ¿Fútbol? ¡Ya lo tenemos! Sustituimos a los actores de nuestras series por futbolistas.

Donald – ¿Futbolistas?

Víctor le arrebata el periódico deportivo que Donald aún tiene en la mano.

Víctor – ¡Mira! Este, por ejemplo...

Donald (*escéptico*) – Esta temporada apenas ha marcado goles...

Víctor – ¿Y por qué iba a querer hacerse actor, si no?

Donald – No lo sé...

Víctor – Si tienes una idea mejor, adelante. Para eso te pago, ¿no?

Donald reflexiona.

Donald – ¿Y si, en vez de desvivirnos por competir con Tele1, lleváramos nuestra política de programación hasta sus últimas consecuencias?

Víctor – ¿Tenemos una política de programación? No tenía ni idea...

Donald – ¡Dejamos de hacer ficción! Mostramos cómo se hace la televisión. Lo llamaremos «Televigilancia». Grabamos al guionista mientras escribe y se autocensura, y a seis directivos que no se ríen de los chistes que ni siquiera se ha atrevido a escribir. ¡El reality definitivo!

Víctor – ¡Brillante, Donald, brillante! Siempre supe que no eras un don nadie. (*Se ríe de su propio juego de palabras.*) ¿Lo ves? Yo también sé reírme cuando quiero. ¿Cuándo empezamos?

Donald – ¿Qué?

Víctor – ¡Televigilancia!

Donald señala las cámaras de vigilancia.

Donald – Ya hemos empezado...

Oscuro.

ACTO 1

El plató de una pequeña cadena de televisión, cuyo nombre aparece en un letrero al fondo: Canal Directo Plus. De momento está vacío, salvo por una mesa baja con tres micrófonos. Paco, un técnico con mono de trabajo, entra cargando un sillón y comprueba que está en el lugar adecuado.

Paco – ¡Manolo!

Manolo (*fuera de escena*) – ¿Qué?

Paco – ¿Este es el plató dos de «Una voluntad, un destino»?

Manolo (*fuera de escena*) – Sí.

Paco – Pues date prisa, que salimos en directo dentro de un cuarto de hora.

Paco coloca el sillón en un extremo. Manolo, también con mono de trabajo, entra con otro. Según el reparto, ambos papeles pueden interpretarlos hombres o mujeres (con un aspecto algo masculino).

Manolo – Oye, que no soy Dios, no puedo estar en todas partes. (*Coloca el sillón frente al otro.*) Además, tampoco hay que ponerse nerviosos. El invitado sigue en maquillaje...

Paco – ¿Dónde está la cámara?

Manolo (*señalando la sala de control*) – Ahí.

Paco (*a la sala de control*) – ¿Qué tal los sillones? ¿Los acercamos al centro?

Manolo y Paco acercan un poco los sillones.

Paco – ¿Quién es el invitado de hoy?

Manolo – Un político.

Paco – ¿Quién?

Manolo – No lo recuerdo...

Paco – ¿De derechas o de izquierdas?

Manolo – Del centro, creo. Pero bueno, ahora, la derecha, la izquierda...

Paco – ¡Hablo de los sillones, idiota! ¿Tu centrista se sienta a la derecha o a la izquierda?

Manolo – Ese es el problema de los centristas. Nunca sabes de qué lado van a sentarse...

Paco – ¿De verdad crees que tenemos tiempo para bromas?

Manolo – Normalmente, el invitado se sienta aquí. Y los demás pelmazos van pasando por el sillón de enfrente.

Paco – ¿Y el presentador?

Manolo – Tienes razón, falta una silla.

Paco – Eso me parecía... (*Manolo sale.*) Será imbécil...

Manolo vuelve con una silla y la coloca en el centro, entre las otras dos.

Manolo – Aquí está.

Paco – Siéntate ahí.

Manolo se sienta en el lugar del invitado y Paco en el del presentador.

Manolo – Vale, hago de invitado, entonces.

Paco (*a control*) – ¿Nos oís? Vale, probamos los micros. (*A Manolo*) A ver, señor Don Nadie de los Mil Embustes: durante la campaña prometió bajar los impuestos y subir los sueldos. Ha hecho justo lo contrario. ¿Cómo tiene la cara de plantarse aquí delante de las cámaras?

Manolo – Querido amigo, no hay que simplificar las cosas de ese modo. Las apariencias engañan, y la situación del país dista mucho de ser tan desastrosa como pretende hacer creer la oposición...

Paco – Bueno, parece que funciona.

Manolo – Sí...

Paco – Que empiece el espectáculo...

Manolo – Cuando los payasos terminen de maquillarse...

Paco – ¿Y quién es el presentador de Una Voluntad, Un Destino?

Manolo – Pues ese idiota, el que acaba de llegar.

Paco – ¿Al que echaron de Tele1? Creí que ya estaría disfrutando de una jubilación anticipada en algún lugar soleado...

Manolo – Sí, bueno, nosotros no nos vamos a jubilar tan pronto.

Paco – Ah, mira, ahí viene, el presentador estrella...

Bruno, el presentador, entra con aire de galán, ya sea joven o entrado en años.

Bruno – Bueno, chicos, ¿todo en orden? Porque vamos con retraso...

Paco – ¿Y de quién es la culpa? Hemos tenido que hacer nosotros la prueba de sonido. ¿Ha terminado ya de maquillarse su centrista?

Bruno – Yo solo soy el presentador. Y algunos invitados necesitan mucho más maquillaje que otros para quedar presentables. ¿Están listas las cámaras?

Manolo – Sí, todo está en orden.

Bruno – ¿Qué haríamos sin los cámaras?

Paco – Probablemente, radio.

Bruno – ¡Ja, ja! Muy bueno... Me recuerda a cuando empecé en la radio. ¿Os he contado alguna vez cómo conocí a aquel famoso presentador...?

Paco – Bueno, perdónanos, pero tenemos trabajo que hacer.

Paco y Manolo salen.

Bruno – ¿Trabajo? Menuda panda de vagos. Uno trabaja y dos miran. (*Hacia bastidores.*) ¡Diana! ¿Dónde se habrá metido esa pava?

Diana entra, vestida de manera provocativa.

Bruno – ¡Diana, cariño! Justo iba a llamarte...

Diana (*coqueta*) – Aquí me tienes, doctor. Dispuesta a satisfacer todos tus deseos...

Bruno – ¿Y el invitado, está listo?

Diana – Sí, sí, ya viene...

Bruno – Los políticos, de verdad... Necesitan más maquillaje que las actrices.

Diana – Y este, ni te cuento...

Bruno – Hasta me ha exigido que lo siente a la derecha, porque dice que es su lado bueno. ¿Te lo puedes creer?

Diana – No lo soporto...

Bruno – Ya sé que no es un regalo, pero podría ser nuestro próximo presidente. Coincidimos en la universidad. Ya entonces pisaba a quien hiciera falta para subir.

Diana – ¡Es tan pretencioso! Y tan machista...

Bruno – Eso no está bien... No te habrá faltado al respeto, ¿verdad?

Diana – Ha pedido a la becaria una infusión con miel para aclararse la voz. ¿Y sabes lo que ha hecho? La ha mandado de vuelta porque no estaba lo bastante caliente.

Bruno – ¿No estaba bastante caliente? ¿La infusión o la becaria? (*Suelta una carcajada.*) Esta mañana he visto a Samantha, y no está nada... (*Ante la mirada reprobadora de Diana.*) Bueno, bueno. ¿Repasamos los últimos detalles?

Diana – Justo iba a proponértelo...

Bruno – Y los pringados que ha convocado para que le hagan la pelota, ¿están todos?

Diana (*sacando una lista*) – Sí, pero... Justo quería hablarte de eso...

Bruno – No hay tiempo, cariño. A ver... (*Le quita la lista.*) Seguro que están su maestra, que despertó sus primeros deseos, el compañero de internado que le enseñó a hacerse una paja y la amiga de su madre que le quitó la virginidad. Es broma...

Carlos, el político, entra con una taza en la mano.

Bruno – ¡Carlos! ¿Cómo estás?

Carlos – Muy bien, Bruno, ¿y tú?

Bruno – Perdona que no haya podido ir a saludarte a maquillaje. Andamos fatal de tiempo. ¿Te han ofrecido un café?

Carlos – No tomo café, mancha los dientes. También he dejado de fumar y estoy a dieta.

Bruno – Ah, sí, se nota.

Carlos – Mi asesor de comunicación dice que, para hacer carrera en política, hay que tener los dientes blancos y no parecer demasiado bien alimentado.

Bruno – Tiene sentido.

Carlos – Es curioso reencontrarnos aquí, ¿verdad? Hacía años...

Bruno – Eso mismo le decía a Diana. Éramos estudiantes por entonces...

Carlos – Aunque en universidades distintas.

Bruno – ¡Qué jóvenes y qué guapos éramos! Aquellos sí que eran tiempos...

Carlos – Así es...

Bruno – Pues te han dejado fino con el maquillaje. ¡Parece que te hayan pintado con brocha!

Carlos – Espero que te ahorres esos chistes cuando estemos en directo. Los políticos ya tenemos bastante mala fama...

Bruno – Ya se sabe, más vale caer mal que... (*Se cruza con la mirada de Diana.*) Por cierto, ¿conoces a Diana? Es mi ayudante...

Carlos – Sí, sí, nos hemos cruzado, pero... No sabía que era tu asistente...

Bruno – Para mí, es mucho más que una asistente, créeme... Pero ni se te ocurra quitármela, ¿eh?

Carlos – No has cambiado nada...

Bruno – Claro, ante las cámaras nos trataremos de usted.

Carlos – Si no, volverán a hablar de las relaciones incestuosas entre la política y los medios.

Bruno – ¡También es que a los políticos les ha dado por casarse con periodistas!

Diana – El día en que ella sea la política y él el periodista habremos dado un gran paso hacia la igualdad...

Bruno – Bueno, basta de bromas. Salimos en directo dentro de cinco minutos.

Carlos – ¿Está todo listo entonces?

Bruno – Tranquilo, Diana me ha dado la lista de invitados sorpresa que preparó tu asesor de comunicación.

Diana – Justo quería hablaros de eso...

Bruno (*consultando la lista*) – A ver... ¿Quién viene primero? La señora Escudero...

Carlos – ¿La señora Escudero? ¿Quién es? ¡Yo no he puesto ese nombre en mi lista de invitados sorpresa!

Diana – Verás... Hay una epidemia de gastroenteritis y hemos sufrido varias bajas de última hora. Hemos tenido que sustituir a algunos invitados...

Carlos – ¿Cómo que sustituirlos? ¿Lo has consultado con Pedro?

Bruno – ¿Quién es Pedro?

Carlos – ¡Pedro! ¡Mi asesor de comunicación, joder!

Diana – Tuvimos que organizarlo todo en el último momento...

Bruno – Tranquilo, Carlos, lo tenemos todo controlado. Estamos acostumbrados a estos imprevistos. Y así, ¡serán auténticos invitados sorpresa!

Carlos – Odio las sorpresas... Si he llegado hasta donde estoy hoy, créeme, es porque nunca dejo nada al azar...

Bruno – Venga, relájate. ¿Quieres que llame a la becaria para que te dé un masaje antes del programa? Tiene unas manos estupendas...

Carlos – Pues esa infusión que me ha dado me está haciendo efecto... Tengo que ir al baño. ¿Me da tiempo?

Bruno – Sí, sí, por ahí. Pero no te entretengas. (*Carlos sale.*) ¿Pero en qué estabais pensando? ¡Podríais habérmelo dicho!

Diana – Lo intenté, pero...

Bruno – Bueno, de todas formas, ya no tenemos tiempo...

Diana (*señalando al público*) – A lo mejor deberías decirles algo antes de empezar...

Bruno – Ah, es verdad. Me había olvidado de estos. (*Al público.*) Señoras y señores, bienvenidos a los estudios de Canal Directo Plus. Van a asistir a la emisión en directo de «Una voluntad, un destino». Pueden aplaudir cuando quieran. De hecho, es muy recomendable. (*Diana muestra un cartel que dice «APLAUSOS».*) Pero, por lo demás, ¡ni una palabra! ¿Entendido?

Diana – Si tenéis que sonaros, toser o atragantaros con las palomitas, este es el momento.

Bruno – ¿Algún bebé asmático? ¿Algún abuelo con un respirador demasiado ruidoso? ¿Alguna suegra que no calle? Podéis dejarlos en recepción. Os los devolvemos al salir.

Diana – Lo mismo con los teléfonos móviles.

Bruno – Ponedles una etiqueta, no vaya a haber confusiones al devolverlos.

Diana – Bruno habla de los móviles, por supuesto.

Bruno – ¿Seguro que no queréis dejar a nadie?

Diana – Entonces, ¡empezamos!

Carlos regresa.

Bruno – ¡Ah, Carlos! ¿Ya has terminado tu visita al baño? Pues vamos a empezar...

Carlos parece notar la presencia del público por primera vez.

Carlos (*en voz baja*) – ¿Quiénes son todas estas personas?

Bruno – Pues es el público.

Carlos – ¿El público? ¿Para qué el público?

Diana – El programa es con público.

Carlos – No sabía que había público...

Bruno – ¡Son tus votantes, Carlos! Es importante que estén aquí...

Carlos – ¿Mis votantes? ¿Has verificado con mi jefe de comunicación que todos han votado por mí?

Bruno – Hablo de votantes en general. Si aspiras a la presidencia, Carlos, tienes que convencer a esta gente. ¡Son los ciudadanos de este país! Y Canal Directo Plus está aquí para ayudarte.

Paco (*volviendo*) – No quiero meteros prisa, pero salimos en directo dentro de treinta segundos. Así que, si os sentáis y dejáis de charlar...

Bruno – Vale... Si el equipo técnico está listo, vamos allá...

Ocupan los sillones. Diana, fuera de plano, hace la cuenta atrás con los dedos: cinco, cuatro, tres, dos, uno... Suena la sintonía de cabecera. Diana señala a Bruno para indicarle que debe empezar.

Bruno – ¡Muy buenas tardes a nuestro público fiel, cada día más numeroso! Bienvenidos a una nueva edición de «Una voluntad, un destino». Nuestro invitado es un representante electo y una estrella emergente de la política: Carlos de la Vega. ¡Señor de la Vega, bienvenido!

Carlos – Buenas tardes, Bruno. Buenas tardes a todos. Gracias por invitarme...

Bruno – Señor de la Vega, usted representa en el Parlamento a nuestros ciudadanos residentes en el extranjero. Una circunscripción injustamente olvidada... y que además resulta difícil de encontrar en un mapa.

Carlos – Sin embargo, es fundamental que nuestros compatriotas que contribuyen al prestigio del país en el extranjero estén debidamente representados en el Parlamento.

Bruno – Y conviene aclarar, querido público, que el señor de la Vega no se refiere solo a los exiliados fiscales. También habla de esos ingenieros anónimos que exportan lo mejor de nuestra industria: aviones militares y centrales nucleares, por ejemplo...

Carlos – Los considero los soldados desconocidos de la globalización.

Bruno – Una gran frase, Carlos, que me viene al pelo para enlazar con la siguiente cuestión. Se rumorea que podría ocupar Defensa o Interior. Y tampoco oculta sus aspiraciones presidenciales.

Carlos – Todo a su debido tiempo, Bruno. Por ahora, mi único objetivo es servir a mi país lo mejor posible desde mi puesto actual.

Bruno – Una modestia que le honra, señor de la Vega. Este programa permitirá al público conocerle mejor. Quienes le votaron desde el extranjero conocen su trayectoria, pero muchos espectadores quizá le vean hoy la cara por primera vez.

Carlos – Espero que no se decepcionen...

Bruno – ¡Pues procure mostrarles su mejor perfil, Carlos! Sabemos quién es usted como político, pero apenas conocemos al hombre que hay detrás. Es muy reservado con su vida privada, ¿verdad?

Carlos – No me gusta hablar de mí. Pero hoy resulta necesario darse un poco a conocer. Y los ciudadanos que me han confiado estas responsabilidades tienen derecho a saber quién soy.

Bruno – Y ahora, sin más preámbulos, recibamos a nuestra primera invitada sorpresa, que nos ayudará a descubrir cómo era Carlos de la Vega antes de convertirse en político... ¡su antigua maestra!

El rostro de Carlos se descompone.

Carlos – Mi maestra...

Entra una mujer mayor, que puede hablar con cierto acento regional. Desde bastidores, Diana muestra al público un cartel que pone «APLAUSOS». Bruno consulta sus notas.

Bruno – ¡Bienvenida, Claudia, a «Una voluntad, un destino»! (*Carlos se sorprende, pero se recompone.*) Carlos, supongo que reconoces a Claudia, aunque hace unos cuantos años que no os veis...

Carlos – Sí, claro... Bueno, no... Es decir... ¿Claudia?

Bruno – También ella ha cambiado un poco con el tiempo. Ahora está jubilada, pero fue tu maestra en el colegio de Santa María, cuando todavía desgastabas los pantalones en los pupitres.

Carlos – Ah, claro... La señora Escudero. Por eso no me sonaba lo de Claudia...

Bruno – Primero, Claudia, ¿era Carlos un alumno brillante?

Claudia – ¿Brillante? Qué va. Más bien del montón. Puede que incluso algo por debajo de la media.

Bruno – Pues ha sabido recuperarse. Ya ven, queridos espectadores, en este país hasta los peores alumnos pueden acabar siendo presidentes.

Claudia – Sí...

Bruno – Claudia, ¿cómo era Carlos de niño? ¿Qué adjetivo le viene primero a la cabeza?

Claudia – ¿Un adjetivo?

Bruno – Sí... O varios, si lo prefiere.

Claudia – No es fácil...

Bruno – Inténtelo... Sin pensar demasiado.

Claudia reflexiona.

Claudia – Tramposillo.

Bruno – ¿Perdón?

Claudia – No diría que fuera malo, no. Pero era bastante tramposillo, ¿sabe?

Bruno – Bueno, en fin...

Claudia – O un poco falso, si lo prefiere.

Bruno intenta quitar hierro al asunto.

Bruno – No sé si Carlos preferirá una cosa u otra...

Carlos – Reconozco que no era precisamente un santo. Pero ¿qué niño lo es?

Claudia – Cuando hacía una trastada, siempre conseguía que castigaran a otro. ¿Me entiende?

Bruno – Lo entiendo, Claudia... Pues gracias por este primer testimonio, que sin duda...

Claudia – Una vez le rompió un brazo a un enano, mientras jugaba al fútbol en el recreo...

Bruno – ¿A un enano? ¿Estudió en un colegio para enanos?

Claudia – ¡No, hombre, un enano de jardín! De porcelana. Estaba en el parterre del patio.

Bruno – Ah, vale. Ya me parecía raro... ¿Usted no será Blancanieves, verdad?

Claudia – En fin, Carlos le rompió un brazo. Era Feliz, mi favorito. A veces me pregunto si no lo haría a propósito. Y consiguió que castigaran a un compañero en su lugar.

Bruno – Bueno, tampoco vamos a ensañarnos con el pobre Carlos. Es humano intentar evitar un castigo. Y, después de tantos años, el delito ya habrá prescrito. Estoy seguro de que lamentó sinceramente aquel incidente. Al fin y al cabo, esto demuestra que es un hombre como los demás, con defectos... y con virtudes.

Claudia – En todo caso, no ha cambiado...

Bruno – Pues gracias, Claudia, por este testimonio...

Claudia – Me acuerdo de otra historia...

Bruno – Quizá otro día, Claudia. Todavía tenemos muchos invitados...

Diana acompaña a Claudia hacia la salida casi a la fuerza. Carlos intenta conservar la compostura, aunque la mira furioso. Diana vuelve a levantar el cartel de «APLAUSOS».

Bruno – ¡Las maravillas del directo, Carlos! Al menos nadie podrá decir que hemos elegido a los invitados a dedo.

Carlos – Totalmente, Bruno...

Bruno – Y dime, Carlos, ¿te ha emocionado reencontrarte con tu querida maestra después de tantos años?

Carlos – Muchísimo. Ha sido muy emocionante volver a ver a Claudina...

Bruno – Claudia...

Carlos – Me temo que a la pobre mujer la memoria ya le empieza a fallar.

Bruno – Pues vamos a recibir a nuestra segunda invitada.

Diana muestra el cartel de «APLAUSOS». Entra una mujer joven con acento extranjero. El papel también puede interpretarlo un hombre de aspecto andrógino.

Carlos – ¿Fabiola?

Bruno – Ah, a esta al menos sí la reconoce...

Carlos – Bueno, sí...

Bruno – Entonces, Fabiola, ¿usted compartía piso con Carlos cuando era estudiante?

Fabiola – Fabiola es el nombre que me puso el señor Carlos. Como soy filipina, le pareció que me pegaba. Nunca consiguió aprenderse el mío...

Bruno – ¿Y cómo se llama usted en realidad?

Fabiola – Zasstermadmarmo. Es un nombre de origen tibetano que significa «diosa de la riqueza».

Bruno – Zasster... Bueno, creo que seguiremos llamándola Fabiola. Cuéntenos: ¿qué tal compañero de piso era Carlos?

Fabiola – Muy ordenado.

Bruno – Ser ordenado es una cualidad muy útil para un futuro ministro del Interior...

Fabiola – Diría incluso que era un poco... maniático.

Bruno – ¿Maniático?

Fabiola – Exigía que todos sus pantalones estuvieran impecablemente planchados, con la raya perfectamente centrada. Tenía que caer justo sobre el adorno de sus mocasines.

Bruno – ¿Era usted quien le planchaba los pantalones? ¡Quién hubiera tenido una compañera de piso así en la universidad!

Fabiola – En realidad, era más bien su criada para todo...

Bruno – ¿Para todo? ¡Pues no era usted solo la compañera de piso ideal, sino la mujer ideal!

Fabiola – Como no tenía papeles, ni siquiera podía alquilar una habitación a mi nombre. El señor Carlos me dejó quedarme en su casa...

Bruno – Un hermoso gesto de generosidad...

Fabiola – A cambio, hacía algunas tareas domésticas...

Bruno – Ya veo. Un pequeño acuerdo entre amigos...

Fabiola – También recurría a mis servicios cuando se sentía un poco solo. Ya sabe a qué me refiero...

Bruno – Naturalmente. Le leería un cuento junto a la chimenea, o quizá le daría un masaje para que se relajara antes de un examen...

Fabiola – Sí, bueno...

Bruno (*interrumpiéndola*) – Y hablando de exámenes, supongo que Carlos era tan meticuloso con los estudios como con la raya del pantalón...

Fabiola – No debería decirlo, pero fui yo quien le mecanografió el trabajo de fin de carrera...

Bruno – Ah, otro pequeño favor de secretaría. En aquella época no había procesadores de texto: él le entregaba los borradores y usted se los pasaba a máquina...

Fabiola – Sí, lo mecanografié. Lo que pasa es que... nunca me entregó ningún borrador. Escribí yo el trabajo entero.

Bruno – ¡Vaya! Pues hay que reconocer que depositó una enorme confianza en usted...

Fabiola – A cambio, su padre, que ocupaba un alto cargo, me consiguió un permiso de residencia temporal.

Bruno – Señoras y señores, este testimonio demuestra que Carlos también tiene un gran corazón. Muchas gracias, Fabiola.

Fabiola – Por cierto, señor Carlos, quizá podría ayudarme otra vez... Se me acaba el permiso de residencia a final de mes y... Estoy dispuesta a lo que sea, de verdad...

Bruno – Mi ayudante tomará nota. Y estoy convencido de que el señor de la Vega, cuando sea ministro del Interior, estudiará su caso con la mayor comprensión. ¿Verdad, Carlos?

Carlos – Por supuesto...

Bruno – ¿Puede alguien acompañar a la señorita Fabiola hasta la frontera...? Quiero decir, hasta bastidores.

Entran Paco y Manolo y se llevan a Fabiola a la fuerza. Diana levanta el cartel de «APLAUSOS».

Fabiola – ¡Soltadme, bestias!

Los tres salen.

Bruno – Pues bien, Carlos, ¿algún comentario antes de que pasemos al siguiente invitado...?

Carlos – Al principio creí reconocer a esa persona, Bruno, pero ahora estoy casi seguro de que es una impostora...

Bruno – Yo también lo creo, Carlos. Siento mucho este incidente, pero así son los imprevistos del directo. Probablemente sea una actriz que quería aprovechar la ocasión para reivindicar algo...

Se oyen forcejeos entre bastidores. Momento de desconcierto.

Bruno – ¡Menudo desfile de sorpresas! Y ahora, ¿qué nos contará la tercera invitada? (*Consulta su lista.*) Nada menos que la baronesa Cassandra von Rosenberg, su suegra...

Diana levanta el cartel de «APLAUSOS».

Bruno – Ah... Me dicen por el pinganillo que no va a poder ser.

Una mujer intenta entrar en el plató, pero Paco y Manolo se lo impiden y la sacan a la fuerza. Si solo se representa el primer acto como pieza breve, esta disputa y el personaje de la baronesa pueden quedar fuera de escena.

Cassandra – ¡Dejadme pasar! ¡Tengo cosas que decir!

Bruno – Lamentablemente, se nos ha echado el tiempo encima y no podremos recibir a nuestra última invitada.

Carlos – Qué pena, esa sí que estaba en mi lista de invitados sorpresa...

Bruno – Señoras y señores, se nos ha acabado el tiempo. Mañana recibiremos a un experto en redes sociales que nos hablará de los peligros de Internet... siempre que no cancele a última hora. Gracias por seguir «Una voluntad, un destino». Muy buenas noches.

Suena la sintonía de cierre. Bruno mantiene la sonrisa ante las cámaras.

Carlos – ¡Menudo calvario! Tengo que ir al baño... Serán los nervios del programa. ¡Me las vas a pagar, Bruno!

Diana – Un poco más bajo, todavía queda público...

Carlos – ¡Tú, pava, cállate! ¡Todo esto es culpa tuya, por cambiar la lista de invitados a última hora!

Bruno – Venga, calma. Después de todo, no ha salido tan mal...

Carlos – ¿Que no? Bueno, cortaremos lo peor en el montaje.

Bruno – ¿En el montaje? Pero si era en directo...

Carlos – ¿En directo? ¡No sabía que era en directo!

Diana – Vamos, no es para tanto.

Bruno – Lo importante, ya sabes, es salir en la tele.

Carlos – ¿Tú crees?

Bruno – Y, entre nosotros, si me preguntas, en política la gente prefiere a los tramposos y a los que saben hacer chanchullos...

Carlos – ¿De verdad?

Bruno – ¡Claro! Un político honrado les da miedo. No se fían de alguien que no tiene nada que ocultar.

Diana – Prefieren a alguien que se les parezca.

Bruno – Así se sentirán más cercanos a ti.

Carlos – ¿Tú crees?

Bruno – ¡Por supuesto!

Diana – ¿Un buenazo? Para primer ministro, quizá. Pero para presidente quieren a un supermentiroso.

Bruno – Eso sí, con un aire campechano. Como de pueblo.

Diana – Para llegar a presidente hay que saber vender un caballo de tiro como si fuera un pura sangre.

Carlos – Entonces, según tú, no cortamos nada.

Diana – Habría que cortar todo, si no.

Bruno – Y de todas formas, fue en directo.

Carlos – Pues mira, casi me has convencido.

Bruno – Te digo que fue un buen programa.

Carlos – Oye, Bruno, ¿te gustaría sustituir a Pedro?

Bruno – ¿Quién es Pedro?

Carlos – ¡Mi asesor de comunicación!

Bruno – ¿Comemos juntos y lo hablamos?

Salen Bruno, Carlos y Diana.

ACTO 2

Paco y Manolo, los dos técnicos, regresan al plató.

Paco – ¿Qué toca ahora en el plató dos?

Manolo – Teletienda.

Paco – Ya nos vendan detergente o políticos, siempre prometen dejarnos todo más blanco. La tele no deja de ser una teletienda, ¿no?

Barren el suelo, limpian la mesa y vuelven a colocar los micrófonos.

Manolo – ¿Qué te ha parecido el centrista?

Paco – Pues mira, me ha decepcionado... para bien.

Manolo – Sí, a mí también.

Paco – ¿Quitamos los sillones?

Manolo – Hay que hacer sitio para la mercancía.

Paco – ¿Qué productos son?

Manolo – Urnas.

Paco – ¿Ahora que nos han vendido al candidato, también quieren vendernos las urnas?

Manolo – ¡Funerarias!

Paco – Ah, claro...

Manolo – A estas horas solo ven la tele los más mayores. Y ya me dirás qué les vendes para hacerles soñar...

Paco – Un anuncio de cremaciones justo después de la siesta. Muy oportuno...

Manolo – ¡Qué ganas tengo de jubilarme! Así podríamos ver la tele en vez de trabajar en ella.

Paco – ¿Y quién va a presentar la teletienda?

Manolo – La becaria, Samantha. Antes la he ayudado a ensayar. Viéndola abrazar una urna funeraria, hasta a ti te entran ganas de que te incineren.

Paco – ¿Así de fuerte?

Manolo – Es un bombón. ¿Todavía no la has visto?

Paco – Creo que no.

Manolo – Lo recordarías, créeme... Ahí viene...

Samantha entra muy alterada.

Paco – ¿Qué te pasa, chica?

Samantha – ¡Dios mío! ¿Habéis visto a Diana?

Manolo – Estaba aquí hace un rato... ¿Qué pasa?

Samantha – He encontrado a Carlos de la Vega en el baño de caballeros.

Paco – ¿En el baño de caballeros? ¿Y qué tiene eso de raro?

Samantha – ¡Está muerto!

Samantha sale precipitadamente.

Manolo – ¿De la Vega? ¿Muerto?

Paco – Pues parece que tu centrista ya no llegará a presidente...

Manolo – Ahora lo tiene bastante difícil, sí. En este país, el centro está gafado. Pero hay algo que no me cuadra...

Paco – ¿Qué?

Manolo – ¿Qué hacía ella en el baño de caballeros?

Paco – ¿Quién?

Manolo – ¡La becaria!

Paco – ¿Un candidato presidencial ha muerto y eso es lo único que te parece raro?

Manolo – ¿Crees que mantendrán la teletienda?

Paco – Vamos a averiguarlo. No vale la pena trabajar para nada...

Salen. Samantha vuelve con Diana.

Diana – ¿Muerto? ¿Estás segura?

Samantha – He visto muertos en la tele y, créeme, este tiene toda la pinta de estarlo.

Diana – ¡No me lo puedo creer! ¡Lo que nos faltaba! Tenemos que avisar a Bruno inmediatamente.

Samantha – Sí, voy a buscarlo...

Pero Bruno entra antes de que Samantha salga.

Bruno – Ya me he enterado. ¡Maldición, lo que faltaba! ¡Mi primer día presentando «Una voluntad, un destino» y se me muere un invitado nada más terminar el programa! Menudo estreno... Después de esto no querrá venir nadie.

Diana – Por otra parte, nuestras audiencias iban cuesta abajo. Esto podría despertar el interés de los espectadores...

Bruno – ¿Tú crees?

Diana – En cualquier caso, tenemos que llamar a la policía.

Bruno – Ya he llamado. Están al llegar.

Diana (*a Samantha*) – Pero, ¿cómo ha muerto?

Samantha – ¡Yo qué sé!

Bruno – Desde luego, de viejo no se ha muerto. (*A Diana.*) ¿Y si echas un vistazo?

Diana – Mejor que nadie entre en esos servicios. Podría ser la escena de un crimen...

Samantha – ¿Tú crees que ha sido un crimen?

Diana – No lo sé. Pero ahí han encontrado el cuerpo. Mejor no tocar nada hasta que llegue la policía.

Bruno – Samantha, pon un cartel en el baño de caballeros para que nadie entre mientras resolvemos este pequeño contratiempo.

Samantha – ¿Y qué pongo en el cartel?

Bruno – ¡Yo qué sé! ¡Improvisa!

Samantha sale.

Bruno – ¡Qué inútil!

Diana – Tú la contrataste...

Bruno – Hay que dar una oportunidad a la juventud.

Diana – Ah, ¿lo haces por caridad?

Entran Ramírez y Sánchez. Ambos papeles pueden ser masculinos o femeninos.

Ramírez (*mostrando su placa*) – Comisario Ramírez. Y Sánchez, mi ayudante.

Bruno – Buenos días, comisario. Soy Bruno Cascaldi, presentador de «Una voluntad, un destino», y esta es Diana, mi ayudante.

Ramírez – Muy bien. Entonces tengo una primera pregunta para usted, señor Cascaldi.

Bruno – Le escucho.

Ramírez – ¿Conoce al hombre del tiempo de Tele2?

Diana – ¿Cree que tiene algo que ver con la muerte de Carlos de la Vega?

Ramírez – Por ahora, nada apunta en esa dirección. Solo quería saber si lo conocía. Mi suegra lo adora. Si me consiguiera un autógrafo... ¿Es amigo suyo?

Bruno – Bueno, sí, nos conocemos. En este oficio todo el mundo se conoce. Además, tiene una casa de campo cerca de la mía.

Diana – El cuerpo está en los baños, comisario.

Ramírez – Ah, sí, el cadáver... Sánchez, vaya a echarle un vistazo.

Sánchez – Sí, comisario.

Diana – Por aquí. Le acompaño.

Diana y Sánchez salen.

Ramírez – Odio los cadáveres. Ya sé que en mi profesión debería estar acostumbrado, pero no puedo evitarlo. Si no hay sangre, todavía lo llevo mejor... ¿En qué estado se encuentra?

Bruno – No lo he visto. Lo encontró la becaria y, francamente, yo tampoco soy aficionado a esas cosas.

Ramírez – Lo peor es el olor. Los cuerpos en descomposición son un horror...

Bruno – No se preocupe, comisario. Hablé con él hace quince minutos. Le garantizo que el cuerpo aún estará calentito.

Ramírez – Me tranquiliza. Entonces, el muerto es Carlos de la Vega, ¿verdad?

Bruno – Sí, exactamente.

Ramírez – Ese apellido me suena... ¿No será pariente del famoso don Diego?

Bruno – ¿Don Diego...?

Ramírez – ¡Don Diego de la Vega! ¡El Zorro!

Bruno – Es diputado y suena para ministro del Interior. Si no le cae bien, tiene suerte: ya parece difícil que llegue a ser su jefe...

Ramírez – Los gobiernos pasan, pero la policía permanece. ¿Era de derechas o de izquierdas?

Bruno – Centrista...

Ramírez – ¿Quién querría hacerle daño a un centrista? Quiero decir, ¿hasta el punto de matarlo...?

Bruno – ¿Cree que se trata de un asesinato, comisario?

Ramírez – Ojalá. Por lo menos no habría venido para nada. (*Mira al público.*) Por cierto, ¿quiénes son esos que no paran de mirarnos?

Bruno – ¡Es... el público, comisario!

Ramírez – ¿El público? Yo creía que la tele se veía solo en el salón de casa...

Bruno – Estábamos emitiendo el programa en directo, con público en el estudio.

Ramírez – Entiendo... Bueno, dígales que se queden a disposición de la policía, ¿eh?

Bruno – ¿Quiere decir que no pueden irse a sus casas?

Ramírez – Me temo que no. Puede que alguno de estos lleve años soñando con matar a un centrista.

Bruno – Señoras y señores, les ruego que permanezcan sentados hasta nuevo aviso. Si esto se alarga, les traeremos agua y mantas. Gracias por su comprensión. Disculpen las molestias.

Ramírez – Son cosas que pasan. Como en el teatro: una vez empieza la función, ya no hay forma de escapar. ¿Suele ir al teatro?

Bruno – Rara vez, la verdad.

Ramírez – Hace bien. El domingo pasado mi mujer me llevó a una función matinal. Si hubiera podido escaparme durante el descanso...

Bruno – ¿No le dejaron...?

Ramírez – Peor. ¡No había descanso!

Bruno – Deberían prohibir las obras sin descanso.

Ramírez – Bien, ¿quién más estaba presente en este estudio cuando ocurrió la muerte del señor de la Vega?

Bruno – Los invitados del programa, los técnicos del plató...

Ramírez – En ese caso, nadie debe salir de aquí, ¿verdad?

Bruno – Muy bien, comisario.

Ramírez – ¿Era usted cercano a la víctima?

Bruno – Cercano... no, no se puede decir eso.

Ramírez – Pero lo llama por su nombre de pila.

Bruno – En este mundo todo el mundo se trata por el nombre de pila, nos damos dos besos y, a veces, hasta acabamos en la cama. Eso no significa que seamos íntimos. En fin, coincidimos en la universidad hace años...

Ramírez – ¿De verdad? ¿Qué tipo de estudiante era? ¿Buen alumno? ¿Buen compañero?

Bruno – Ya entonces era bastante pelota. Aunque no sé si eso les servirá para la investigación...

Ramírez – Probablemente no. Además, primero deberíamos saber si la muerte del señor de la Vega no es natural. Ah, ahí viene Sánchez...

Sánchez regresa acompañado de Diana.

Ramírez – Bueno, ¿qué le ha dicho el cadáver?

Sánchez – Poco, a simple vista. No hay sangre, golpes ni señales de estrangulamiento. He preferido no tocar nada hasta que llegue el forense.

Diana (*entusiasmada*) – ¡Qué emoción! Esto parece una serie policíaca...

Ramírez – Aparentemente, la muerte de la víctima no le afecta demasiado...

Diana – Apenas lo conocía, y desde luego no era muy simpático. La becaria puede confirmárselo.

Ramírez – Su becaria... Ella fue quien descubrió el cuerpo, si no me equivoco. Me gustaría hablar con ella, en efecto.

Bruno – Voy a buscarla, comisario...

Bruno sale.

Suena el móvil de Sánchez.

Sánchez – Sí... Muy bien, ahora voy. Ha llegado el forense. Voy a recibirlo.

Sánchez sale a recibir al forense.

Ramírez – Siéntese aquí, señorita.

Diana se sienta en uno de los sillones y Ramírez en otro.

Diana – Qué divertido. Siento como si fuera la invitada del programa...

Ramírez – Qué coincidencia, siempre he soñado con ser presentador de televisión.

Diana – ¿Le ofrezco un café, comisario?

Ramírez – No, gracias. El café luego no me deja dormir en todo el día. (*Ve la taza que dejó Carlos, todavía medio llena.*) Oiga, ¿y eso?

Diana – Una infusión. La que pidió el señor de la Vega para aclararse la voz.

Ramírez – Ah, un truco de los profesionales de la televisión...

Diana – Solo bebió la mitad. Ahora ya estará fría...

Ramírez tose un poco.

Ramírez – Está bien. Yo también tengo un poco de carraspera.

Ramírez se bebe el resto de la infusión, ante la mirada incrédula de Diana. Bruno regresa.

Bruno – Samantha viene ahora mismo.

Ramírez – Muy bien. Entonces, vamos allá.

Diana – Estoy dispuesta a responder a todas sus preguntas, comisario.

Ramírez – ¿Nombre y apellidos, edad...?

Diana – Diana López. La edad solo la revelaré bajo tortura.

Ramírez – ¿Estado civil y profesión...?

Diana – Soltera, sin hijos. Ayudante personal de Bruno Cascaldi.

Ramírez hace un gesto hacia la cabina de control. Un foco se dirige hacia Diana.

Ramírez – Dígame, Diana, ¿qué relación mantiene con el señor Cascaldi? He leído que lo suyo no es exclusivamente profesional...

Diana – Ya sabe, se dicen tantas cosas en los periódicos...

Ramírez – No intente escabullirse con evasivas. El público nos está escuchando y también quiere saberlo.

Diana – Ah, es cierto, el público... Quizás deberíamos liberarlos, ¿no?

Ramírez – No se preocupe por ellos, querida. Tendrían que haberse quedado en casa viendo la tele. Pero no ha contestado... Si tuviera que definir su relación con Bruno mediante un estado de Facebook, ¿cuál elegiría? ¿En pareja? ¿Conviviendo? ¿Relación abierta?

Diana – Digamos que... es complicado.

Ramírez – Ya veo...

Sánchez vuelve con Samantha, que lleva un bolso sospechosamente abultado.

Sánchez – Aquí tiene a la becaria, comisario. Estaba a punto de marcharse, pero la he interceptado.

Ramírez – ¿Tan mal se encuentra entre nosotros, señorita?

Samantha – ¡No, qué va! Yo solo iba a...

Ramírez – Ya veremos. ¿Qué dice el forense?

Sánchez – Cree que podría tratarse de una intoxicación.

Ramírez – ¿Una intoxicación voluntaria? ¿Quiere decir que lo han envenenado?

Bruno – Pero, ¿quién podría haber querido envenenar a Carlos de la Vega?

Sánchez – El laboratorio podrá confirmarlo.

Ramírez – Muy bien, entonces vamos a lo nuestro, Samantha.

Samantha (*sin darse cuenta de lo provocativa que resulta*) – Estoy a su entera disposición, comisario...

Ramírez – Y nosotros se lo agradecemos. (*Se remueve incómodo en el sillón.*) Sánchez, encárguese de ella. Yo tengo que ir un momento al baño.

Diana – Es que... ahí es donde está el cadáver.

Ramírez – Pues aprovecharé para ver el cadáver.

Sánchez – Deje el bolso y siéntese.

Diana – Le acompaño, comisario.

Salen Ramírez y Diana. Samantha deja el bolso y se sienta.

Samantha – Gracias...

Sánchez – ¿Cómo se llama?

Samantha – Samantha Delgado.

Sánchez – Samantha, ¿qué hacía en el baño de caballeros cuando encontró al señor de la Vega?

Samantha – Pues, yo...

Sánchez – Reconozca que no es el lugar más habitual para una señorita. ¿Qué hacía allí?

Samantha parece muy incómoda.

Bruno – Estaba conmigo.

Sánchez – ¿Ah, sí?

Bruno – Soy un caballero. No voy a dejar que la señorita pase un mal rato...

Sánchez – Hay algo que no me cuadra: ¿qué hacía un caballero como usted encerrado con su becaria en el baño de caballeros?

Bruno – No pretenderá que se lo dibuje...

Sánchez – Ya veremos si será necesario más adelante. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor Cascaldi?

Bruno – Sí...

Sánchez – ¿Mantiene una relación íntima con la señorita Delgado?

Bruno – Pues eso es lo que acabo de decirle, ¿no?

Sánchez – Ah, disculpe, no lo había entendido. Pero entonces, ¿por qué no dijo antes que estaba allí cuando ella encontró el cuerpo?

Bruno – ¡Estábamos juntos en un retrete con la puerta cerrada! Comprenderá que no es algo que quiera contar por ahí...

Sánchez – ¿Y a quién le da vergüenza?

Ramírez vuelve con Diana.

Sánchez – ¿Alguna novedad, comisario?

Ramírez – No he podido entrar en el baño de caballeros. Había un cartel que decía: «Cerrado temporalmente por retirada de amianto».

Las miradas de Bruno y Diana se dirigen hacia Samantha.

Samantha – Pensé que así nadie intentaría entrar mientras el cuerpo siguiera allí...

Ramírez – Según el primer informe del forense, parece que Carlos de la Vega murió de una sobredosis.

Bruno – ¿Una sobredosis? No sabía que fuera drogadicto.

Sánchez – ¿Una sobredosis de qué, comisario?

Ramírez – La hipótesis principal es una sobredosis de infusión.

Bruno – Si esa es la hipótesis más probable, comisario, me intriga saber cuál es la menos probable.

Diana – ¿Una sobredosis de infusión? No sabía que la infusión pudiera ser tan tóxica...

Ramírez – Según el forense, en concentraciones muy altas, sí. Al parecer, el señor de la Vega tomó una dosis masiva de manzanilla en una sola taza. Eso lo sumió en un sueño profundo, muy parecido a un coma.

Samantha – Entonces, ¿no está muerto?

Ramírez – Todavía no. Pero nada garantiza que vaya a despertarse.

Sánchez toma la taza vacía y la examina pensativo.

Sánchez – Comisario, cuando habla de manzanilla... ¿se refiere a una infusión como la que debía de haber en esta taza?

Diana – Sí, era la que bebió el señor de la Vega antes de desplomarse. Pero...

Ramírez se siente repentinamente mal.

Ramírez – Entonces pronto conoceremos los efectos de ese potente veneno...

Sánchez – ¿Pero quién podría haber envenenado esa bebida, comisario?

Ramírez se gira hacia el público.

Ramírez – ¿Y a esos ya los has interrogado?

Sánchez – Ehm... No, aún no...

Ramírez – El culpable podría estar entre ellos. Date una vuelta por el público, Sánchez. Y si ves a alguien con cara de tener algo que ocultar... No me refiero a quienes se han colado sin pagar, ¿eh?

Sánchez baja a la sala y observa al público con desconfianza. Puede improvisar brevemente según los espectadores, sus reacciones y las circunstancias. Acaba deteniéndose ante una espectadora (o un espectador) que en realidad es parte del reparto.

Sánchez – ¿Puede acompañarme, por favor?

Daniela – ¿Por qué yo?

Sánchez – Digamos que su cara me resulta sospechosa. Pero no se preocupe: después de darle una paliza le entregaremos un justificante y le tatuaremos nuestros números de identificación en las dos nalgas.

La espectadora lo sigue a regañadientes.

Ramírez – Regístrala.

Sánchez cachea a la espectadora y encuentra algo sospechoso en su bolsillo. Lo saca y se lo enseña al comisario.

Sánchez – ¡Ajá! Una caja entera de infusiones «Buenas Noches».

Ramírez – A ver, ¿cómo explica usted esto?

Daniela – ¡Es para consumo propio, comisario!

Sánchez – Todos dicen eso...

Ramírez – Habrá que seguirle la pista al proveedor. No queremos más víctimas inocentes. El producto puede ser inofensivo, pero alguien podría haberlo adulterado...

Sánchez (*leyendo la caja*) – Tila, verbena, manzanilla... Tiene razón, comisario. ¡También lleva colorantes y aditivos!

Ramírez – Siéntate ahí. (*Daniela obedece.*) Qué suerte tienes. Te ha llegado tu cuarto de hora de fama. ¡Te vamos a interrogar!

Daniela – ¡Pero no he hecho nada, se lo juro!

Sánchez – ¿Vienes al teatro después de tomarte una infusión para dormir, mientras los demás necesitan café para no quedarse fritos, y pretendes que te creamos?

Ramírez – Busca la guía telefónica, Sánchez.

Daniela parece aterrorizada.

Bruno – ¡No pueden pegar a una espectadora! Si ya nos cuesta que venga público... ¡Imagínese lo que dirían los periódicos!

Ramírez – Tranquilo, la guía no es para atizarle en la cabeza. Solo necesito el número de una pizzería. Tengo hambre. ¿Usted no?

Samantha – Yo me encargo de eso, comisario.

Samantha trae una guía telefónica y se la entrega a Sánchez.

Sánchez – A ver... Pizzerías... Aquí hay una. (*Marca el número.*) ¿Lo de siempre, comisario?

Ramírez – Si algo funciona, no hay por qué cambiarlo.

Sánchez – Hola, dos pizzas. Una margarita con extra de queso y una napolitana. ¿La dirección? (*Orgulloso.*) Los estudios de Canal Directo Plus. Sí, la cadena de televisión. Ah, ¿saben dónde está? Estupendo, gracias.

Guarda su móvil.

Ramírez – Bueno, entonces, ¿dónde estábamos...?

Sánchez – ¿Y qué vamos a beber?

Ramírez – ¿No has pedido nuestras cervezas?

Sánchez – Se me ha ido completamente de la cabeza, comisario.

Ramírez se dirige a Daniela.

Ramírez – Ve a por dos latas.

Daniela – ¿Yo?

Sánchez – ¡Sí, tú!

Diana – ¿No tienen miedo de que no vuelva?

Sánchez – No con esto.

Sánchez coloca un brazalete electrónico en el tobillo de Daniela.

Bruno – ¿Un brazalete electrónico?

Sánchez – Es un brazalete con descarga eléctrica. Lo hemos diseñado nosotros. ¡Infalible!

Bruno – Vaya, tengo algo parecido para adiestrar a mi perro...

Ramírez – Sí, en parte nos inspiramos en eso, la verdad.

Bruno – Habría que ponerles uno a todos los espectadores de teatro. Así no se escaparían en el descanso.

Sánchez – ¡Venga, anda, en marcha!

Daniela sale.

Ramírez – Volvamos a lo nuestro...

Sánchez – Así que la becaria se acuesta con el presentador en los baños...

Diana – ¿Perdón?

Sánchez – Lo siento, si no lo sabías...

Ramírez – Me temo que pronto vas a tener que cambiar tu estado de Facebook de «Es complicado» a «Es muy complicado».

Diana mira a Samantha con odio.

Diana – ¡Zorra!

Samantha – ¡Bruja!

Sánchez – Señoras, un poco de compostura. Les recuerdo que estamos grabando este interrogatorio delante del público.

Ramírez – Intento de asesinato mediante una sobredosis de manzanilla... Qué curioso. Me recuerda a otro caso.

Sánchez – ¿Cree que podríamos estar ante un asesino en serie?

Ramírez – A menos que se trate de un crimen por dinero.

Diana – Pero, ¿por qué?

Ramírez – Es cierto que todavía no tenemos el móvil...

Bruno – Aspiraba a la presidencia, pero tampoco tenía muchas posibilidades.

Samantha – No era precisamente un gran estadista.

Diana – Un centrista no molesta a nadie.

Sánchez – Y un centrista en coma, menos.

Bruno – Aunque a simple vista no es fácil distinguir a un centrista en coma de otro que no lo esté.

Silencio desconcertante.

Ramírez – Traed a los invitados. También tendremos que interrogarlos.

Samantha – Voy a buscarlos.

Samantha sale.

Sánchez – Hablando de comida, yo me muero de hambre. ¿Y usted, comisario?

Ramírez – No sé qué me pasa, no tengo apetito. Espero que no sean los primeros efectos de esa infusión tóxica que acabo de tragarme.

Sánchez – Pues qué curioso... A mí cuando me fumo un porro me entra un hambre...

Samantha regresa con Claudia.

Ramírez – Vamos a ver, señora, no perdamos tiempo. ¿Confiesa ya o prefiere que le demos una paliza?

Claudia – Es verdad que, cuando lo tuve de alumno en el colegio de Santa María, no lo soportaba. Siempre lo utilizaba como chivo expiatorio. Pero la caridad cristiana me impide dejarme llevar por la venganza.

Ramírez – Sí, claro, abuela. A otro perro con ese hueso. Dame el táser, Sánchez, que vamos a refrescarle la memoria.

Claudia – Es cierto que pensé en ahogarlo metiéndole la cabeza en el váter durante el recreo. Pero no me atreví...

Sánchez – ¿Fue la única vez?

Claudia – También le puse veneno para ratas en la merienda, pero no surtió efecto. De todas formas, eso fue hace años. Habrá prescrito, ¿no?

Sánchez – Por supuesto, abuela. Si los maestros no pueden deshacerse de los alumnos más revoltosos, ¿cómo van a mantener el orden en clase?

Ramírez – Espero que nadie haya dejado a sus hijos con una niñera así para venir a ver el espectáculo. Por cierto, ¿dónde se ha metido la que iba a traernos las cervezas?

Sánchez – Voy a acelerar el asunto, comisario.

Sánchez pulsa un botón de un mando a distancia. Daniela reaparece con el pelo de punta, como si acabara de sufrir una descarga eléctrica. Trae dos cajas de pizza y dos latas de cerveza.

Ramírez – ¡Ahí está!

Daniela – Me encontré con el repartidor de pizzas al volver...

Abren las cajas. Sánchez empieza a comer con muy malos modales.

Daniela sale.

Sánchez – ¿Quiere un poco?

Diana – No, gracias...

Sánchez – Se lo está perdiendo, está buenísima.

Ramírez – Bueno, abuela, puedes irte. Que pase el siguiente...

Diana – En recepción le darán una urna funeraria para compensar las molestias.

Bruno – Así se llevará un recuerdo de su paso por nuestro programa.

Diana – Hemos tenido que cancelar la teletienda y ya no sabemos qué hacer con las existencias.

Claudia – ¿Una urna? Qué amable, muchas gracias...

Claudia sale y entra Fabiola.

Ramírez – Bueno, supongo que usted también odiaba a la víctima, ¿verdad?

Fabiola – ¡Para nada, lo adoraba! Incluso le tenía un verdadero culto...

Ramírez – Cachéala. Esa cara no me inspira confianza. Y ya sabes que yo rara vez me equivoco con los perfiles sospechosos.

Sánchez registra a Fabiola y le saca del bolsillo un muñeco que representa a Carlos, atravesado por varios alfileres.

Sánchez – Otra vez tenía razón, comisario...

Ramírez – Un muñeco lleno de alfileres... Se parece al señor de la Vega, ¿no? ¿Así es como lo veneraba?

Fabiola – Vale, intenté echarle una maldición. ¡Pero nunca me ha funcionado, se lo juro!

Sánchez – Hasta hoy, al menos...

Ramírez – Que se vaya. Nosotros investigamos delitos, no hacemos exorcismos.

Fabiola sale. Se oye un forcejeo y la baronesa Cassandra von Rosenberg irrumpe en el plató, pese a que Paco y Manolo tratan de impedírselo.

Cassandra – ¡Soltadme, bestias! ¡Tengo cosas que decir!

Manolo – Vamos, sea razonable...

La baronesa se revuelve para escapar de los dos gorilas.

Cassandra – ¡Déjenme pasar!

Ramírez – ¿Y quién es esta loca?

Diana – Es la suegra de la víctima, comisario.

Ramírez – ¿La suegra? Sepa que, en el diez por ciento de los crímenes familiares, es la suegra quien mata al yerno. O al revés... Dejadla pasar. (*Paco y Manolo la sueltan.*) Siéntese, señora.

Cassandra – ¡Por fin! Gracias, caballero. (*Se arregla la ropa y el peinado y se sienta.*) Bueno, ¿empezamos? (*Como si estuviera en televisión.*) Hola a todos. Soy la baronesa Cassandra von Rosenberg.

Ramírez – Así que conoce bien a Carlos de la Vega...

Cassandra – ¡Es mi yerno! Y, pese a todas esas calumnias que he tenido que escuchar, puedo asegurarles que es el yerno ideal.

Ramírez – ¿El yerno ideal? ¿Lo dice por el estado en el que se encuentra en este momento?

Cassandra – ¡Imagínese! Mi hija está casada con quien quizá sea el próximo presidente. Ella sería la primera dama del país... ¡y yo, la primera suegra! Quiero saludar a mi hija, que seguro que nos está viendo...

Hace un pequeño gesto discreto con la mano.

Ramírez – Entonces, según usted, no tenía ninguna razón para querer asesinarlo...

Cassandra – ¿Asesinar a mi yerno? ¡Pero por favor, eso es ridículo! (*A Diana*) Señorita, ¿podría indicarme dónde está la cámara? No la veo...

Diana – ¿La cámara? Pero no hay ninguna cámara. O sea, quiero decir...

Cassandra – ¿Cómo que no hay cámara? Estoy en «Una voluntad, un destino», ¿no? ¿Y ese señor que me pregunta no es el famoso Bruno Cascaldi?

Ramírez – ¿Qué dice?

Diana – Le confunde con Cascaldi...

Bruno – Creo que la señora ha pensado que estaba siendo entrevistada para el programa...

Ramírez suspira con cansancio.

Ramírez – Bien, llévensela.

Sánchez lleva a Cassandra hacia los bastidores.

Cassandra – ¡Pero esto es una locura! ¡Quieren silenciarme! ¡Es una conspiración!

Ramírez – Que vengan los técnicos. Son los únicos que nos quedan por interrogar.

Diana hace entrar a Paco y Manolo, todavía vestidos con sus monos de trabajo. Sánchez regresa.

Ramírez – Hola, pareja. A ver, ¿qué tenían contra el señor de la Vega? Por lo visto, todos lo odiaban...

Paco – ¿Reprocharle?

Manolo – Nada en absoluto.

Ramírez – Era homófobo, ¿verdad?

Paco – ¿Homófobo? No... Bueno, no lo sé.

Sánchez – ¿Estaba en contra del matrimonio entre personas del mismo sexo?

Manolo – Pero, ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

Sánchez – Vamos, no se hagan los tontos. No me digan que ustedes dos...

Ramírez – Con esos monos y esos bigotes... ¡parecen los hermanos Mario!

Paco y Manolo se acercan al comisario, amenazantes.

Manolo – ¿Qué está insinuando?

Paco – No, pero vamos a hacerle tragar el micrófono...

Diana se interpone para evitar una pelea.

Diana – ¡Señores, por favor, basta de violencia! Lo confieso, comisario. Fui yo quien echó un sobre de laxante en la infusión del señor de la Vega.

Ramírez – ¿Laxante? ¿Pero por qué?

Diana – ¡Para darle un escarmiento! Había tratado fatal a todo el mundo. Pero eso no puede haberlo matado...

Ramírez – ¿Un laxante? ¿Nada más? Menos mal, porque yo también he bebido de esa infusión... Aunque eso sigue sin explicar lo que le pasó al señor de la Vega.

Carlos entra tambaleándose.

Sánchez – ¡Esto sí que cambia la investigación! En un caso de asesinato, no es frecuente poder interrogar a la víctima.

Ramírez – Bueno, amigo, cuéntanos. ¿Quién ha intentado matarte?

Carlos – ¿Matarme?

Sánchez – ¿No recuerdas nada, verdad?

Carlos – Ah, sí... Me moría por ir al baño. Entré en el de caballeros y, al salir, vi a Samantha. Le pregunté qué hacía allí, y después... no recuerdo nada.

Samantha – Bruno acababa de salir. El señor de la Vega intentó propasarse conmigo, así que le golpeé con el bolso para quitármelo de encima.

Ramírez – Si estaba en juego el honor de una señorita, entonces...

Sánchez – Pero, ¿qué llevas en ese bolso? ¿Un yunque?

Sánchez coge el bolso de Samantha y saca una impresora.

Ramírez – ¿Para qué llevas una impresora en el bolso?

Sánchez – ¿Es solo una precaución, por si alguien atentara contra tu virtud?

Ramírez – Un espray de pimienta pesa bastante menos...

Diana – Sí, y es aún más curioso porque esa impresora se parece mucho a la que desapareció de mi oficina esta mañana.

Samantha – Necesitaba una impresora, y con lo poco que me pagan aquí...

Ramírez – Un golpe con eso desde luego es más eficaz que una taza de manzanilla...

Sánchez – ¿Quieres presentar una denuncia?

Carlos – No hace falta. En mi posición prefiero que este asunto no trascienda. ¿Puedo marcharme?

Ramírez – Por supuesto...

Carlos sale. Samantha y Diana lo siguen.

Bruno – Gracias, comisario. Le agradezco el tacto y la discreción con que ha llevado esta investigación.

Ramírez – A su disposición.

Bruno – Ahora que lo pienso... ¿Le apetecería participar en mi programa?

Ramírez – ¿Como invitado de honor?

Bruno – También recibimos a personas que prestan un servicio público. Y usted, como policía, en cierto modo es un héroe de la sociedad...

Ramírez – ¿De verdad?

Bruno – Hemos tenido que cancelar la teletienda. Pero, ya que está aquí, podríamos grabar la entrevista ahora mismo.

Ramírez – ¿Por qué no? Entonces, ¿saldré en la tele?

Bruno – No es Tele1, pero sigue siendo televisión.

Ramírez – Mi mujer va a estar encantada. De acuerdo. ¿Me siento aquí?

Bruno – Exacto. Y esta vez, soy yo quien hace las preguntas...

Ramírez – No estoy muy acostumbrado a responder, pero haré lo que pueda...

Bruno – Vamos a ensayar antes de encender las cámaras. Señor Ramírez, como sabe, la policía no goza de demasiada simpatía entre los ciudadanos. ¿Por qué cree que ocurre eso?

Se oyen voces alteradas. Diana y Samantha irrumpen en escena y empiezan a pelearse.

Bruno – Me temo que vamos a tener que interrumpir la entrevista...

Ramírez – ¿Qué pasa ahora?

Bruno – Un pequeño desacuerdo doméstico, al parecer...

Ramírez – ¡No puede ser! ¡Justo cuando tenía la oportunidad de salir en la tele!

Ramírez saca su táser y apunta a las dos mujeres. Ambas se retuercen y caen al suelo.

Ramírez – Listo, así tendremos cinco minutos de tranquilidad. Más eficaz que una infusión, ¿verdad?

Bruno – ¡Caramba! ¿Podría conseguirme uno de esos? Me vendría muy bien en mis relaciones laborales.

Ramírez – Si me consigue un autógrafo del hombre del tiempo para mi suegra...

Bruno – Veré qué puedo hacer. ¡Vamos en directo! ¿Preparados en control? ¡Sintonía!

Suena la sintonía del programa.

Oscuro.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-264-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.